

# Filosofía y literatura

Ma. Antonieta Julián Pérez  
Ramón Espinosa Contreras  
(Coordinadores)



Ma. Antonieta Julián Pérez

Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma de Guerrero en la Unidad Académica de Filosofía y Letras. Licenciada en Humanidades, con especialidad en Filosofía, por la UAGRO. Grado de Maestra en Ciencias Sociales por la UAGRO, Maestra en Educación Superior por la UAGRO y Doctorante en Filosofía por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM). Diplomado en Educación Holista por la Fundación Internacional de Educación Holista, Diplomado en Filosofía Política por el Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci y Diplomado en Formación Docente por el Centro de Actualización del Magisterio de Chilpancingo. Es autora de *Cultura y políticas culturales en Guerrero y Modernidad* y *cultura política en México 2000-2012. Entre la violencia, la globalización y la democracia*, y es coordinadora y coautora de diversos textos. Es miembro de la Asociación Filosófica de México y del Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía, A. C., y cuenta con Perfil PROMEP. Pertenece al Cuerpo Académico Estudios Literarios y Filosóficos.



Primera edición: mayo 2015

ISBN: 978-607-9426-17-0

© Ediciones y Gráficos Eón, S.A. de C.V.  
Av. México-Coyoacán núm. 421  
Col. Xoco, Deleg. Benito Juárez  
México, D.F., C.P. 03330  
Tels.: 5604-1204 / 5688-9112  
<administracion@edicioneon.com.mx>  
<www.edicioneon.com.mx>

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México  
*Printed and made in Mexico*

## ÍNDICE

Introducción.....11

### FILOSOFÍA

Kant: el sujeto moderno y la libertad..... 25  
*Ramón Espinosa Contreras*

Comentarios de la pregunta que interroga por el sentido  
del ser en Heidegger.....51  
*Ma. Antonieta Julián Pérez*

La cultura latinoamericana en el contexto  
del sistema-mundo ..... 63  
*José Ramón Espinosa Julián*

Parménides: el fundar, el ser y temple fundamental  
en el *Poema*..... 79  
*Ricardo Sánchez García*

Ética y política en *La ciudad de Dios*.....101  
*Wblester Iturralde Suárez*

Don José María Vigil: filósofo y literato ..... 125  
*Silvana Elisa Cruz Domínguez*

La comprensión hermenéutica como proceso dialógico:  
conversación texto-lector ..... 153  
*Octavio Valdés Sampedro*

Una mirada al pensamiento de Augusto César Sandino ... 173  
*Juan Monroy García*

Literatura de la revolución de José Revueltas ..... 199  
*Manuel Aguilar Mora*

## LITERATURA

- Concha Urquiza, poeta, mística y mujer .....211  
*María de los Ángeles Silvina Manzano Añorve*
- Organización descriptiva en Catarina de San Juan,  
princesa de la India y visionaria de Puebla ..... 221  
*Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez*
- El sertón de João Guimarães Rosa ..... 239  
*Zenaida Cuenca Figueroa*
- Conciencia y poesía en Gilberto Owen ..... 251  
*Francisco Javier Beltrán Cabrera*
- Biblia y literatura: el pecado original en Owen ..... 275  
*Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza*
- Metatestimonios del exilio uruguayo ..... 303  
*Cynthia Ortega*
- Sobre los autores ..... 323

## BIBLIA Y LITERATURA: EL PECADO ORIGINAL EN OWEN

*Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza*

La primera vez que escuché la afirmación de que Gilberto Owen era un profundo conocedor de la Biblia fue en un congreso en homenaje a Elías Nandino, donde proyectaron una entrevista en la que el benjamín de los Contemporáneos describía a diversos miembros del grupo sin grupo. Justo por esas fechas yo estaba disfrutando de uno de los clásicos de Northrop Frye: *The Great Code. The Bible and Literature*, así que me di a la tarea de revisar los textos del rosarino a la luz de las propuestas del quebequense. En este capítulo presento uno de los temas bíblicos más populares, el pecado original, rastreado a lo largo de la obra de Owen.

Como era de esperarse, el análisis confirmó que los temas bíblicos están presentes en la poesía y prosa owenianas, mas no como fuente de primera mano, sino vía tradición oral o literaria; de manera que más que cotejar la obra oweniana con la Biblia, es preferible abordar algunos elementos de la liturgia católica, la historia del arte y las afiliaciones del rosarino, según expondré a continuación.

### **Biblia y literatura en lengua española**

Como bien señala Frye (1981: xxiiis), la Biblia puede ser leída de múltiples maneras; sintetizado *grosso modo*, él distingue tres



criterios o tipos de lectura: imaginativa, doctrinal e histórica. La imaginativa puede equipararse a leer la Biblia como literatura; la doctrinal es la perspectiva adoptada por las diferentes doctrinas religiosas; y la histórica es, por sorprendente que ahora nos resulte, la lectura que por siglos se hizo de la Biblia como la primera historia de la humanidad, tal y como la encontramos, por ejemplo, en la *Grande e general estoria* (1272) y en la *Estoria de España* (1260-1284), comandadas por Alfonso X (Menéndez Pidal, 1906, y Solalinde, 1930). Paralelamente a estos tres tipos de lectura de la Biblia, Frye propone que los textos que la abordan pueden ser recibidos con o sin prejuicios, según la actitud del receptor: abierto a la multiplicidad de criterios para su lectura o centrado en uno solo y, por tanto, rechazando los otros.

En coincidencia con Frye, valoro positivamente la diversidad de perspectivas, por lo que mi lectura se inscribe en la línea del enfoque exclusivamente literario. Visto que el análisis y comentario de la obra del rosarino dispara una multitud de interpretaciones y vetas para explorar, señalo aquí algunas de las más tentadoras, sin perder de vista el interés central: el catolicismo del autor –fuente de temas y figuras bíblicos–, pues parte de la formación de un católico es la tradición oral.

En buena medida, esto se debe a que, hasta la primera mitad del siglo XX, la lectura de la Biblia fue prohibida por la Iglesia católica a la grey; lo que se le presentaba era un breve texto didáctico denominado “Historia sagrada” y la antología para la liturgia.<sup>1</sup> En ambos casos se trataba de lecturas bíblicas selectas –en lo concerniente a la liturgia, se incluían en la misa–, pero que no son suficientemente representativas del antiguo texto que contiene muestras de todo tipo de experiencias humanas. A la fecha se mantienen tanto la “Historia sagrada” (con variantes en la denominación) como la lectura bíblica de selecciones en la liturgia, pero ya se permite y hasta se recomienda la lectura del

<sup>1</sup> Se denomina *liturgia* al culto público de la Iglesia católica, lo que incluye ritos y ceremonias, principalmente la misa (Fortescue, 1907).

texto sagrado, incluso hay templos de la Iglesia católica que ponen un atril con un ejemplar de la Biblia para que la congregación tenga acceso a ella.

Frye identifica dos fuentes para el conocimiento del contenido de la Biblia: la tradición oral y la propia lectura del texto. Para este autor (1981: xxi), la literatura es una forma de continuar los mitos en las culturas, de ahí la importancia de la tradición oral como germen de temas para la literatura. Asimismo, en su estudio sobre la presencia de la Biblia en la literatura española medieval, Toro, Avenoz, Sánchez-Prieto y Bizzarri (Toro, 2008) reconocen que en la tradición católica en lengua española la Biblia no es un texto de lectura, pese a lo cual parte de su contenido se transmite por medio de la educación y los ritos católicos, tanto como por tradición oral: “Pero hay que tener en cuenta, y esto es muy importante, que el cristiano [católico] no está obligado a leer la Biblia, sino todo lo contrario” (Toro, 2008: 14).

De hecho, desde la época medieval, en el siglo XIII, los concilios católicos de Tolosa y Tarragona prohibieron la lectura de la Biblia en romance, pues sólo los teólogos especializados podían interpretarla y presentar fragmentos a la grey durante las misas, todo ello en latín (Toro, 2008: 16).<sup>2</sup> Actualmente, a partir del Concilio ecuménico Vaticano II (cuya lengua oficial fue el latín) –anunciado por el papa Juan XXIII en enero de 1959 (recuérdese que Owen murió en 1952), realizado de 1962 a 1965, clausurado por el papa Paulo VI–, la Iglesia católica invita a la lectura de la Biblia (BAC, 1988 y DCVII).

En complemento con lo afirmado por Frye (1981), es preciso agregar una tercera fuente bíblica: la llamaré indirecta, como sucede con los libros sobre teología o filosofía, así como los diccionarios, concordancias y comentarios bíblicos, entre otros,

<sup>2</sup> Sin embargo, desde la Edad Media, sacerdotes católicos buscaban –o llevaban a cabo– traducciones de pasajes bíblicos, conscientes de la necesidad de que los asistentes a la misa comprendieran de mejor manera las lecturas bíblicas ahí presentadas (Toro, 2008).



y particularmente la literatura, la pintura y la escultura, pues estas fuentes también reproducen y transmiten los temas y figuras bíblicos.

La actual tipología de las biblias cristianas<sup>3</sup> establece dos principales versiones, en atención a las diferencias entre ellas: el canon de Alejandría –instituido alrededor del siglo II a. C. con la griega Septuaginta y sus 46 libros, que la Iglesia católica adoptó como Antiguo Testamento– y el canon palestino –acordado en el año I d. C., integrado por los 39 libros hebreos que desde entonces constituyen la Biblia hebrea, y que es el actualmente reconocido por las iglesias protestantes para el Antiguo Testamento–.<sup>4</sup>

Excelente representante de la polifonía inmanente al lenguaje, en Owen coexisten ambos cánones, pues, en español, la selección

<sup>3</sup> La principal diferencia de las biblias cristianas frente a la Biblia hebrea es la inclusión del Nuevo Testamento, que ningún creyente judío reconoce. En la historia de las biblias cristianas es fundamental el canon de 73 libros (46 del Antiguo Testamento, conforme al canon de Alejandría, que no es reconocido ni por los protestantes ni por los judíos, más 27 del Nuevo Testamento) establecido en el Congreso de Hipona en el año 393, confirmado por el concilio de Cartago en 397 y por el concilio de Trento en 1546. Este último fue particularmente conflictivo por existir entonces diversas iglesias cristianas a las que se excluyó del concilio de Trento, pese a haber sido convocado con carácter ecuménico, por lo cual los acuerdos emanados son reconocidos sólo por los católicos romanos. De ahí las diferencias entre ortodoxos, protestantes y católicos en cuanto a cuáles son los libros que reconocen como sagrados y en qué orden los incluyen.

<sup>4</sup> Hay muchas versiones de la Biblia en castellano, desde traducciones medievales hasta las contemporáneas (por ejemplo, la tan recomendada entre los católicos Biblia de Jerusalén es traducción del francés al español a finales de los sesenta del siglo pasado). Hasta hace poco las traducciones populares eran protestantes. Como bien señalan Toro (2008), los fieles católicos no leían la Biblia. Sin embargo, sí tenían traducciones al español, completas o bien de fragmentos, pues su posesión era no sólo símbolo de poder y riqueza, sino también de protección espiritual. Entre las versiones completas de la Biblia al español destaca por supuesto la que Alfonso X incluyó en sus historias: la de la humanidad y la española.

del canon de Palestina se encuentra en la edición Reina-Valera, cuya versión de 1909 fue citada textualmente por Owen (1948, 1953 y 1979) en el epígrafe del *Libro de Ruth*, además de que Aurelio Venegas registró tres ejemplares en la biblioteca pública de Toluca –donde Owen trabajó– desde 1908, antes de que este poeta llegara a esa ciudad.<sup>5</sup> El canon de Alejandría también está presente en la obra del rosarino, quien menciona dos veces la celeberrima historia de la casta Susana –“En esa frente líquida se bañaron Susanas como nubes / que figaban los viejos desde las niñas de mis ojos púberes” y “Susanas entrevistas en la fuente, / bajo los viejos árboles figones / que estiran sarmentosas lenguas a acariciarlas” (Owen, 1979: 89 y 99)–, la cual no pertenece al

<sup>5</sup> Publicada por primera vez en 1569 por Casiodoro de Reyna, la Reina-Valera ha tenido diversas revisiones a lo largo del tiempo. La primera de ellas en 1602, por Cipriano de Valera, quien reubicó los libros deuterocanónicos (incluidos por Reyna exactamente como marca el Canon de Alejandría) a una posición intermedia entre el Canon de Palestina y el Nuevo Testamento (tal y como hiciera Lutero en su traducción de la Biblia al alemán en 1522). Las siguientes revisiones fueron las de 1862, 1909, 1960 y 1995. En la edición de 1909 ya no se encuentran los deuterocanónicos; sin embargo, falta cotejar un ejemplar de 1862, para saber si en él se incluían o no. Cuándo y por qué fueron excluidos de las biblias protestantes, son preguntas aún sin contestar en esta investigación. Puesto que el catálogo de Venegas data de 1908, es muy probable que los tres ejemplares de la Reina-Valera ahí registrados correspondan a la revisión de 1862, pues en los datos presentan como fecha de edición 1880, 1881 y 1888, aunque el hecho de que aparezca como único autor Cipriano de Valera podría deberse a que se trata de reediciones de la versión de 1602. Actualmente, esa biblioteca pertenece al acervo restringido de la Biblioteca Pública de la ciudad de Toluca; no obstante, no se conserva ningún ejemplar de la Reina-Valera. Los responsables explican que buena parte de los textos religiosos de esa época han sido devueltos a las comunidades religiosas de donde procedieron originalmente. De todos modos, la versión citada por Owen tanto en 1948 como en 1953 –y reproducida en la edición de 1979 y su reimpresión en 1996 como epígrafe del *Libro de Ruth*– es la de Reina-Valera de 1909.



canon de Palestina, sino que aparece en uno de los agregados griegos al libro de Daniel.

Entre los diversos ejemplos de la tradición oral superpuesta a la lectura directa del texto, Owen (1979: 138) escribe que Jonás fue tragado por una ballena, tal y como se enseña en la tradición oral católica –literatura, siguiendo a Frye (1981)–; sin embargo, los cánones de Alejandría –en lengua española– y de Palestina –tanto en español como en inglés– registran “pez”: “Yavé había dispuesto un pez muy grande para que tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez por tres días y tres noches. Desde el vientre del pez dirigió Jonás su plegaria [...]” (Jonás 2:1 s), “Pero Jehová tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás [...]” (Jonás 1:17) y “Now the Lord had prepared a great fish to swallow up Jonah [...]” (Jonah 1:17).

### Mujeres, serpientes y cosas peligrosas<sup>6</sup>

La más popular y comercialmente explotada versión del pecado original está presente a lo largo de la obra del rosarino; desde sus primeros versos hasta las cartas a sus amigos. En este caso destacan cuatro figuras: Adán, Eva, la serpiente y la manzana. De éstas, dos son los consabidos protagonistas, la pareja primigenia, mientras que la serpiente es presentada como un elemento prácticamente cosificado, situación que comparte con el motivo de la manzana. Las ocasiones en que se hace referencia a su participación en la seducción original suele ser fusionándolas a la figura femenina.

<sup>6</sup> Parodia del título *Women, Fire, and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*, en el que George Lakoff expone –entre otros aportes científicos– los datos que permiten apreciar en una lengua aborigen australiana, Dyirbal, la existencia de una categoría –*balan*– que incluye referentes tales como mujeres, fuego y cosas peligrosas, además de otros inofensivos y endémicos especímenes, como ornitorrinco, equidna (un tipo de erizo insectívoro) y bandicut (marsupial muy parecido a una rata).

Owen usa a los humanos protagonistas como estereotipos: de ingenuidad rayante en lo naïve, en el caso de Adán, y de malicia seductora, por lo que corresponde a Eva. La serpiente y la manzana son, respectivamente, la instigadora y el objeto de seducción, papeles que Eva comparte: ella es quien convence a Adán para desobedecer (hace con él lo que la serpiente hizo con ella, por lo cual asume el papel viperino), además, ella es –desde la tradicional perspectiva popular– el objeto de deseo, el fruto prohibido.

La interpretación del pecado original como un acto carnal se apoya en la propia Biblia, donde se pone de manifiesto la toma de conciencia ante la desnudez humana y, consecuentemente, la vergüenza: “Y fueron abiertos los ojos de entrambos, y conocieron que estaban desnudos: entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales” (Génesis 3:7), lo cual sucede inmediatamente después de comer del fruto prohibido.<sup>7</sup>

El catecismo católico<sup>8</sup> es más claro al respecto, no en los textos concernientes al pecado original –que coinciden con el tratamiento que el tema recibe en Génesis–, sino en los apartados referentes a la Virgen María. De ésta se dice que era una adolescente de alrededor de 14 años cuando le es hecha la anunciación. Además de su condición de virgen, se destaca que fue “sin pecado concebida”

<sup>7</sup> Aunque negativa y prejuiciosa, esta visión tiene amplia presencia en diversas culturas, manifestándose en variadas formas, desde códigos de conducta hasta en avisos comerciales.

<sup>8</sup> En esta parte sigo el *Yo creo. Pequeño catecismo católico* (PCC), de 206 páginas, contra las 982 del CIC. La razón es que el CIC (Catecismo de la Iglesia Católica) trata los temas con mucho tiento y de manera tan extendida que las lecturas pueden ser diversas. En contraste, el PCC es claro y contundente, proporciona datos como la edad de María, que no se encuentra en ninguna versión de la Biblia (en Lucas 1:36 el ángel de la anunciación dice a María: “Y he aquí, Elisabet tu parienta, también ella ha concebido hijo en su vejez; y este es el sexto mes á ella que es llamada la estéril”, lo cual indicaría que ambas mujeres son viejas, en oposición al dato del PCC que indica la edad de 14 años). El papel de María en el nacimiento de Jesús se explica en las pp. 33-42 del PCC.

y “preservada del pecado original” durante toda su vida, lo cual es fundamental para el dogma que la caracteriza como “siempre virgen”. Que María sea concebida sin pecado es una interesante dilogía: por un lado, puede leerse que el acto carnal entre un hombre y una mujer que generó el nacimiento de María no fue pecaminoso; por otro, es posible entender que María nació libre del pecado original que desde Adán y Eva se hereda de padres a hijos –según la doctrina católica, cabe reiterar–; y, finalmente, podemos entender que la primera lectura implica la segunda. De esta manera, al haber nacido de una relación no pecaminosa, María es, en consecuencia, libre del pecado original.<sup>9</sup>

De vuelta con el CIC, en lo concerniente al nacimiento del Mesías hay una interesante cita de San Irineo de Lyon: “El nudo de la desobediencia de Eva lo desató la obediencia de María. Lo que ató la virgen Eva por su falta de fe lo desató la Virgen María por su fe”, y más adelante agrega: “La muerte vino por Eva, la vida por María” (CIC: 949). Esta cita permite apreciar lo que no existe en la Biblia, pero sí en buena parte del imaginario católico: Eva era virgen antes de pecar, por lo cual esta tercera acepción del pecado original está fundamentada no sólo en la cultura popular, sino también en las enseñanzas católicas.

Para comprender la versión oweniana de esta tercera acepción del pecado original, rastree todas las ocasiones en que Owen alude o se refiere a Adán, a Eva, a la serpiente o a la manzana; descarté

<sup>9</sup> Esta lectura, aparentemente lógica o al menos obvia, no deja de tener complicaciones. Me baso en la conocida oración “No es por vicio ni por fornicio, sino para dar un hijo a tu servicio”, según la cual la relación sexual debe tener el noble propósito de generar descendencia. El actual catecismo católico mantiene tal propósito, pero complementado con el de la unión entre los esposos. Es decir, el acto sexual permite una mejor comunión entre marido y mujer, además de la procreación. El problema es que si los hijos generados de todas las relaciones sexuales “bajo permiso” de la Iglesia están libres de pecado, entonces no sería necesario bautizarlos. Esto, a todas luces, es una falacia.

las situaciones correspondientes a las dos primeras acepciones del pecado original –trabajadas en los apartados precedentes– y opté por abordar las resultantes en el orden que los presenta la edición del Fondo de Cultura Económica, como hasta ahora he procedido, excepto en el caso de *Novela como nube*, reservada para el final porque destaca tanto por su extensión, como porque el nombre de Eva está presente en diez de los veintiséis textos que componen esta prosa; no sólo porque tal es el nombre de tres personajes, sino también porque en esta novela es central la ya referida caracterización de la pareja: la adánica inocencia del hombre –“la mujer que me diste por compañera me dió del árbol, y yo comí” (Génesis 3:12)– opuesta a la sensualidad y perfidia de la mujer. Por si fuera poco, aparece también la figura de Lilith, como se verá más adelante.

En el primer libro escrito por Owen, el tan tardíamente publicado *Desvelo*, hay un breve poema, “Adán y Eva”, parte de “El lago”, sección con la cual termina el poemario “Escorzos” (Owen, 1979: 45). Que “El lago”, compuesto por 15 poemas, sea el conjunto elegido para terminar el poemario<sup>10</sup> amerita discurrir posibles fuentes para tal interés. En la etapa temprana de Owen hubo dos lagos que podríamos considerar fundamentales: el de Yuriria y el de Zirahuén. En este punto hay paralelismo con la tradicional distinción entre dos figuras femeninas: la maternal –que no sólo

<sup>10</sup> Escrito en 1925 (Owen, 1953: viii, y Owen, 1979: 198), la primera edición de *Desvelo*, en 1953, se debe a la generosidad y cuidado de Enrique Carniado, quien prestó su copia a Josefina Procopio, sin cuyo esfuerzo probablemente el libro no existiría. En dicha edición, *Desvelo* está compuesto por cuatro apartados: “Desvelo” (con 15 poemas), “Nueva nao de amor” (12 poemas), “Escorzos” (dividido en cuatro secciones: “La pompa de jabón”, “Rasgos”, “Cromo” y “El lago”, de las cuales sólo la última tiene 15 poemas, el resto o son poemas o tienen muchas menos divisiones) y “Final”. Los editores de 1979 movieron “Final”, subordinándolo a “Desvelo”. Acá sigo la edición de 1953, por considerarla más apegada a la voluntad del autor; sin embargo, cito 1979 por ser la más accesible al lector.

da vida, sino que además representa la protección y hasta lo sagrado— y la figura seductora, que puede perder a los hombres (Lilith, las sirenas, Salomé, Betsabé, Jezabel...), como se verá a continuación.

La madre de Owen pasó su infancia en Yuriria, uno de cuyos principales rasgos es el lago. Para Owen, Yuriria representa el estado virginal de su madre, la joven adolescente que, aun sin haber conocido al mítico irlandés, ya anhelaba dar vida al poeta, escena atestiguada por el lago:

O en Yuriria veré la mocedad materna, plácida y tenue antes del Torbellino Rubio. Ella estará deseándome en su vientre frente al gran ojo insomne y bovino del lago, y no lo sé, pero es posible que me sienta nonato al recorrer en sueños algún nombre: “Isla de la Doncella que aún Aguarda” (Owen, 1979: 80).

La metáfora que alude al padre contrasta radicalmente con las descripciones maternas. Ella está a la espera, estática, como el agua del lago, “plácida y tenue”; él está presentado como un movimiento arrasador, como un elemento que pasa sólo por un corto periodo, suficiente para dejar huella, pero demasiado breve, según se confiesa al final del “Día tres, Al espejo”: “Ese párvulo que esta noche se siente solo e íntimo / y que suele llorar ante el retrato / de un gambusino rubio que se quemó en rosales de sangre al mediodía” (Owen, 1979: 70).

Si el de Yuriria es el lago de la Anunciación, el que enmarca las características femeninas más puras conforme a la tradición cristiana —vg la virginidad<sup>11</sup> y el instinto maternal—, en contraste,

<sup>11</sup> Por supuesto que en este contexto la virginidad se valora como una virtud, pues Owen está refiriéndose a su madre. En contraste, hay una carta de 1928 a Xavier Villaurrutia, en la que escribe lo que parece ser respuesta a alguna pregunta sobre su vida amorosa: “—No hay novedad, por culpa del verano. —No estoy enamorado. Es una sueca. La he tenido virgen, que es una experiencia mística recomendable” (Owen, 1979: 260).

el de Zirahuén es el lago de la sensualidad, aquel al que Owen se refiere en cuatro ocasiones, todas ellas relacionadas con la figura femenina como pareja, no como progenitora.<sup>12</sup> Es en el contexto de este lago donde puede apreciarse el sensual poema “Adán y Eva”:

## 2. Adán y Eva

Brazo oscuro y sinuoso, la colina  
 ciñe (pero qué estrecho, hasta asfixiarle)  
 la cintura de luz del lago.  
 Tan apretadamente, que se llora  
 pensando en que no va a poder comerse  
 la manzana redonda de la luna,  
 que le ofrece en la boca  
 azul aquel arroyo serpentino.

Como suele suceder en Owen, el poema es una sucesión de imágenes. Los elementos son prosopopéyicos; la colina es el brazo de Adán, el lago es Eva, la luna es la manzana, el arroyo es la serpiente. En este cuadro de nueva cuenta la figura masculina es la parte activa —como el caso del Torbellino Rubio—, pero —tal y como sufre Booz con Ruth, versión Owen— la seducción parece estar condenada a no consumarse. Eva es el lago donde se refleja la luna-manzana; el lago que se llena con el agua que lleva el arroyo-serpiente; el lago que la colina desea desesperadamente, en apretado abrazo. Esta Eva seduce, pero no complace. Este Adán sufre, hasta el extremo del llanto. Como el poeta enamorado

<sup>12</sup> Zirahuén es el título de una de las secciones de “El lago” (lo cual confirma la lectura propuesta *infra* para el segmento “Adán y Eva”), además de que se menciona en el “Regaño del viejo” —justo después de nombrar a Ruth (Owen, 1979: 97)—, en “Booz ve dormir a Ruth” y en una carta a Josefina Procopio, donde Owen añora volver al pueblo acompañado por Fina (Owen, 1979: 284).



cuyas líricas misivas fallaron en su labor de convencer a la dura Dionisia (Owen, 2004a).

El segundo caso del sufriente Adán y la malvada Eva aparece en “Historia sagrada”: “La cerca de piedra se reflejaba exacta en el camino. La sierpe de piedra tenía en su boca la manzana. De cerca parecía un árbol redondo, pues estaba verde. Por eso la mujer no se la comía toda. Adán lloraba con la frente: ¿Tú crees aún en las cigüeñas?”, le interrumpía su pérfida esposa.

De nueva cuenta tenemos los cuatro elementos constantes: la serpiente, la manzana, el pobre Adán y la cruel Eva. Llama la atención que esta serpiente tiene dos características notables: es una sombra<sup>13</sup> y es de piedra. ¿Cómo puede conjugarse tal antítesis? Otra vez mediante la habilidad oweniana para trazar imágenes con un mínimo de palabras: la cerca es de piedra y su sombra se proyecta sobre el camino. Sin la piedra, no hay sombra; sin sombra, no hay sierpe.

Sobre el fruto prohibido hay dos datos muy reveladores: la manzana se encuentra en la boca de la serpiente; además, Eva come un poco. Es interesante cómo se destaca que no la come entera porque está verde. Tal afirmación permite interpretar que, de haberle resultado satisfactoria por completo, no la habría compartido con el inocente varón. Adán queda, así, totalmente a merced de los caprichos de “su pérfida esposa”, al grado de que peca por la azarosa circunstancia de que a Eva no le resultara cien por ciento apetitosa la manzana. De esta manera, tanto la serpiente como Eva son presentadas con todo el peso de la responsabilidad ante el pecado original; en contraste, no se explicita el acto en Adán, sólo se marca la consecuencia: “lloraba con la frente”, que

<sup>13</sup> La sombra es un poderoso motivo recurrente en Owen, que amerita un trabajo aparte. Por ejemplo, la sombra permite pecar casi sin consecuencias, como se puede notar en “Escena de melodrama” (Owen, 1979: 67). En Desvelo, las sombras tienen humo, que la luna arrastra (Owen, 1979: 28), además, la sombra borra el nombre del poeta (Owen, 1979: 32). Y la lista sigue, larga.

es la versión oweniana de la maldición al primer varón de ganar el pan con el sudor de su frente (Génesis 3:19), como parte del castigo por la desobediencia.

Por si fuera poco, Eva remata: no sólo interrumpe al quejoso, sino que además lo hace para burlarse de él, de su ingenuidad, exhibida con la alusión a la tradicional mentira –actualmente en vías de extinción– con que se explicaba a los niños la procreación humana: la cigüeña los trae de París. Adán acaba de descubrir la verdad; Eva ya la sabía. Así como no está explícito el momento en que Adán probó el fruto prohibido, tampoco lo está la existencia o el conocimiento de las relaciones sexuales. No hace falta; en el sistema de guiños oweniano, por lo que concierne a este punto, todos somos versados cómplices.

El entregado Adán vuelve a aparecer en “Booz ve dormir a Ruth”, hacia el final del Libro de Ruth. En Owen, el amor de Booz por Ruth es absoluto, se rinde a ella por completo, queda desprotegido ante una mujer que lo seduce, pero que no lo hace feliz –a la inversa, el libro termina con Booz muerto, literalmente, de celos–, pues nunca le corresponde: “Y sólo sé que no soy yo, / el durmiente que sueña un cedro Huguiano, lo que sueñas” (Owen, 1979: 104). En el libro bíblico, Booz recibe y protege a una desvalida Ruth; en la parodia oweniana sucede todo lo contrario. Así, encontramos que el desesperanzado enamorado confiesa:

He leído en tu oreja que la recta no existe aunque diga que sí tu nariz euclidiana; hay una voz muy roja que se quedó encendida en el silencio de tus labios. Cállala para poder oír lo que me cuente el aire que regresa de tu pecho; para saber por qué no tienes en el cuello mi manzana de Adán, si te la he dado; para saber por qué tu seno izquierdo se levanta más alto que el otro cuando aspiras; para saber por qué tu vientre liso tiembla cuando lo tocan mis pupilas.

La prominencia en la laringe que caracteriza a los varones adultos es popularmente conocida como *nuez* o bien como *manzana de Adán*. Entre ambas opciones, Owen eligió el término que remite al mito bíblico, que además alude, conforme a la tradición oral,



que Adán se atragantó con el bocado (de ahí que quedara en su garganta), mientras que Eva lo deglutió sin problemas. Saque cada lector sus conclusiones.

En la apasionada enumeración de los versos citados, el enamorado selecciona un aspecto del dimorfismo sexual entre los humanos y lo incluye como elemento que prueba tanto su afecto como su desconsuelo: entrega parte de sí mismo, su manzana de Adán, como muestra de amor, pero la amada, desdeñosa, no hace uso del presente. Así, en sólo dos versos, Owen vuelve a bosquejar el estereotipo del desvalido enamorado que sufre los desprecios de una desconsiderada fémina. Este varón ama; esta mujer calcula.

Publicado en 1927, el ensayo “Poesía –¿pura?– plena. Ejemplo y sugestión” es un complejo compendio de la concepción poética oweniana. Como ha señalado Georgina Whittingham –en “El Verbo en nupcias borrascosas con la forma de *Línea*”–: “Gilberto Owen invita a sus contemporáneos a practicar, en oposición a la poesía pura, la poesía plena: una obra sólida, novedosa, de palabras, ideas e imágenes nuevas, ‘y por dentro presente e invisible, la parte de Dios, el fluido [...], la poesía pura’ ” (2005a: 119),<sup>14</sup> para lo cual se vale de la analogía entre la poesía y la religión.

Owen parte de una afirmación: la poesía pura es la aspiración de una secta religiosa. Y agrega: “El pontífice actual es un apóstata; el abate Bremond, más papista que Valéry, lo ha denunciado. Ved así consumado el destino de esta secta de la poesía pura, que, como en El hombre que fue jueves, sólo ha contado entre sus adeptos a herejes y apóstatas” (Owen, 1979: 227).

Es en este contexto donde puede apreciarse una referencia a Eva. Owen se refiere a Mallarmé, como heredero de Baudelaire:

Éste [Mallarmé], pues, había de heredar la parte mejor o peor, la Iglesia de Occidente [es decir, la católica] de la poesía. Y, Eva posterior

<sup>14</sup> Lectura en la que coincide Fernando Rodríguez (1994: 86), para quien desde el encabezado se sugiere “*poesía plena* en lugar de *pura*”.

al pecado original, había de ser su preocupación continua redimirse de él por el bautismo y la vigilia; inició entonces los experimentos a que hemos aludido, a una altura de asfixia que mataría a cualquiera sin su larga paciencia –¿genio?, le repugnaría acaso esto– y que, como lo demuestra la atenta lectura de *La crisis del verso*, trataban de redimir en parte a la poesía pura de su fatal impureza plástica, afinando el lenguaje hasta inmaterializarlo casi en una alquimia que arrancaba a las palabras su significación (esto es lo contrario de decir: su expresión, según Ortega y Gasset en un ensayo último), formando con ellas una “frase total, nueva, extraña a la lengua” (Owen, 1979: 226).

En esta imagen, Eva está arrepentida y busca la salvación, aunque de manera inadecuada; al fin y al cabo, Eva. La salvación, para Owen, no está dada por el bautismo, contra lo que dice la Iglesia católica. De manera paralela, el buen poeta no se logra experimentando en pos de la poesía pura, pues tal experimento lleva al efecto opuesto, “la fatal impureza plástica” que hace del lenguaje un objeto artificial y ajeno al propio poeta. En el código oweniano, Eva es pecadora y marrullera.

El contraste entre el ingenuo y engañado Adán vs. la primigenia pecadora regresa en dos cartas a Josefina Procopio. De nueva cuenta se trata de caracterizaciones de amigos a partir de las particularidades de Adán y Eva. El primer caso es la carta fechada el 6 de julio de 1948: “Te envío una carta para Alí Chumacero. Parece muy malo, y quiere que le crean muy malo, pero es más bueno y más inocente que Adán” (Owen, 1979: 280).

La segunda carta, del 12 de julio de 1948 (Owen, 1979: 280), es la antítesis:

¿Has leído la *Ifigenia* de Alfonso Reyes? Si no lo has hecho, trata de leerla antes de formarte un juicio sobre él. Su poesía parece un juego erudito, hasta en los Romances algunos de los cuales, la mayor parte de los de *Río de Enero*, son admirables. Se entra a su poesía como quien entra a un jardín en el que todavía se leyerá, después de 25 siglos, “No entre el que no sepa Geometría”, y ve uno desde



la puerta esos laberintos geométricos gratos a los jardineros franceses e italianos, y, desde la puerta, parece que estuvieran vacíos. Pero en realidad la poesía anda por ellos, perdida y buscándose a sí misma –“Il faut se perdre pour se retrouver” – y casi siempre se la encuentra uno, de pronto, cuando menos lo esperaba, en alguno de los rincones del laberinto. Es lo contrario de Ramón, que en su inocencia de Adán parece que escribiera a la entrada: “Que no entre el que sepa Geometría”. Alfonso es muy Eva para dejarse ver desnudo a primera vista.

Alí Chumacero es “más bueno e inocente que Adán”, mientras que Alfonso Reyes es astuto como la serpiente, “muy Eva para dejarse ver desnudo a primera vista”. Se reitera así que, para Owen, Adán es el varón engañado y hasta domado, mientras que Eva es fría, astuta y calculadora, la pérdida del varón. Estas caracterizaciones encuentran su mejor exposición en la compleja *prima opera* en prosa del rosarino.

En *Novela como nube* conocemos las peripecias del protagonista, Ernesto, quien se topa con una sucesión de mujeres, con cada una de las cuales se las arregla para ser infeliz. Entre estas mujeres hay tres Evas. De acuerdo con el estilo de Owen, conocemos primero a la segunda Eva –en el apartado 6 de “Ixión en la Tierra” (Owen 1979: 151)– cuando Ernesto está pintando, conforme a los sabios consejos del médico, quien “se empeñaba en que no pensara, no peleara y no amara” (justo lo que lo había llevado a necesitar la consulta), para lo cual prescribió “un tedio terapéutico. No, nada de literatura” (Owen, 1979: 152). Así que Ernesto pintaba cuando se le acercó la joven segunda Eva:

iEva! ¡Ah, sí, Eva! E... V... A. Nombre triangular y perfecto, con perfección sobria, clásica. Agradable de pronunciar, cuando se alarga la E y se saborea la V como uno de esos besos que son mordida también.

[...] Se presiente que, si pasara por la playa un sacerdote, lo haría hisopeando a diestra y siniestra. Esto quiere decir que Eva sentía la necesidad de prometer algo para siempre, desfalleciendo y

entrecerrando los ojos. Naturalmente, lo que juraba y quería que se le jurara era un amor que no sentían (Owen, 1979: 152).

El narrador presenta a esta mujer como una tediosa conquista. Deseable y a la mano, pero a costa de un protocolo que ambos conocen y cumplen fingiendo espontaneidad y sinceridad. Que el nombre sea perfecto, agradable y hasta de apreciado sabor se debe a que remite a la gran seductora, la primera Eva de esta novela, quien irrumpe en el recuerdo del protagonista en el siguiente segmento, “7, sus manzanas”: “Como se llamaba Eva, le confió que a la patrona de su nombre, vieja ya, demasiado pingüe para seguir ejerciendo alegremente de modelo para pintores, la conoció una vez en California” (Owen, 1979: 153).

La primera Eva es una mujer mayor, pero experta en amores, de quien Ernesto aprendió lo suficiente como para seducir a la segunda (como antes, y después, lo hizo con otras mujeres más). El narrador aclara que, en realidad, nuestro enamoradizo protagonista no le contó a la segunda Eva sobre la primera, sino que, al haberlas asociado por compartir el mismo nombre, describió a la segunda el tesoro de la primera: una invaluable colección de manzanas; desde la procedente del Edén –mordida, por cierto– hasta una futurista, sintética “que tentará a los hijos de nuestros hijos”, pasando por la de las Hespérides –que no era de muchos quilates (Owen, 1979: 153). Pero esa primigenia Eva no sólo poseía los más preciados frutos prohibidos, tenía algo mejor: “Sabía el arte de ordenarlas, armonizándolas en una escala de sabores, como las teclas de un piano que se oyera desde el paladar” y “tocaba en él sinfonías como Des Esseintes en el suyo de licores” (Owen, 1979: 153).

El proceso de seducción continúa con el galán enumerando argumentos para descartar la ética, y la dama, “aceptándolo todo posible, natural, acaso porque no le interesaban esas anécdotas. Le interesaba el amor” (Owen, 1979: 154). Acuerdan una cita, a la que acude, además, “un hombrecillo indefenso y ridículo”, a quien Ernesto defiende de un asalto y que “se descubre ser el esposo de Eva, le dice que renuncia a ella y se la da, sabiendo su amor,



agradecidamente. O hace erupción el Popocatepetl, y ella y él, los únicos supervivientes, tienen que encontrarse por fuerza y se aman eternamente” (Owen, 1979: 156).

Y entonces llega la tercera Eva, que en realidad se llama Elena y está casada con Otelo (Owen, 1979: 158).<sup>15</sup> Esto sucede en “11, el encuentro”, cuando Ernesto va al cine, donde se topa con una mujer que según él es la segunda Eva, pero “Eva empieza a hablar; le informa de que no tiene por costumbre dirigir la palabra a los desconocidos, de que no se llama Eva, de que no recuerda a Ernesto” (Owen, 1979: 158). Y, sin embargo, esta hermosa mujer de celoso marido entabla animada charla con Ernesto, quien “no sufre una gran decepción al enterarse de que no se trata de Eva. Comprende que, si hubiera tenido tiempo de formarse un ideal de ella, tan olvidada hasta ahora, hasta la otra noche, esta mujer encarnaría su ideal” (Owen, 1979: 159). La parodia se extiende hasta el gesto equivalente a las nupcias civiles y el escenario para la noche de bodas: Eva III y Ernesto terminan por “firmar en el libro de registro del hotel” y llegan a “uno de esos divanes envidiables que no soportan las casas decentes por su aspecto tan de cama de posada” (Owen, 1979: 160). Al día siguiente, la luna de miel: toman un trasatlántico que naufraga y son rescatados por recolectores de perlas.

“Ixión en la Tierra”, esta primera parte de Novela como nube, termina con el texto “13, notas de policía”, donde se devela parte del caos que he pretendido meter en orden: el marido celoso de Eva II disparó a Ernesto durante su encuentro en el café. En palabras del autor:

Ese hombre durará una eternidad, ahí, inmóvil, mudo. Lo reconoce Ernesto. Es el que acompaña a esta Eva segunda en el café [...]

<sup>15</sup> Como explico más adelante, este marcadamente onírico encuentro parece ser una alucinación entre el momento de recibir el balazo y la paulatina toma de conciencia en casa de su tío; de ahí que se fusionen las figuras femeninas Eva II-Eva III-Elena.

Ernesto siente algo ardoroso, incendiado, como el índice de Dios –y Su Ojo, en los de ese hombre, como un espejo ustorio que recogiera todos los pecados de toda la vida de Ernesto, y los proyectara, ardientes, en un solo castigo– que le toca el rostro, quemándose.

Después, muchos siglos después, cuando lo ha entendido ya todo, oye el disparo (Owen, 1979: 162s).

En consecuencia, “Ixión en el Olimpo” inicia con Ernesto convaleciente, ya no de spleen, sino postrado en la cama, recuperándose de la herida de bala recibida, con “una sed dolorosa de tenderse sobre su carne, de reposar en el ejercicio de sus cinco sentidos, tan olvidados ahora que puede ver sin sus ojos, tocar sin sus manos abandonadas” (Owen, 1979: 163), anestesia-sinestesia que se inició al principio de su efímera relación con Eva II, cuando experimentó “la agonía de los cinco sentidos” (Owen, 1979: 152).

Ernesto es atendido por su ex novia Elena –casada con el tío Enrique, hermano del padre de Ernesto, pero tan ausente que ni a hijos han llegado– y la hermana menor de ésta, Rosa Amalia. Que esta Elena sea la que generó el alucinado sueño de la Eva III es muy probable, porque tal episodio –el único en la novela en que Ernesto logra la consumación de su deseo– se presenta después del disparo y antes de la toma de conciencia del herido, en el limbo onírico del hombre que una mañana no vivió (Owen, 1979: 167) y que ahora delira en la convalecencia, por más que el fragmentado y surrealista discurso no facilite apreciar la sutil diferencia entre un estado y otro.

Suposiciones aparte, esta Elena-Florence Nightingale sí fue, tiempo atrás, novia de Ernesto, quien se pregunta cómo lo recordará ella. En cuanto al tío Enrique, el narrador se encarga de asegurar que Ernesto: “No le guarda rencor alguno, pero nunca se resignará a pensar en él como esposo de Elena” (Owen, 1953: 174).

Rosa Amalia es un personaje presentado por Ernesto con características de Lilith. Además de que codiciaba a Ernesto desde que éste era novio de su hermana (Owen, 1979: 167 y 185), es descrita como “falsa, pérfida y muy hábil”, “tenía el diablo en el



cuerpo; era simpática a todos, feliz y felina. Tenía cosas de hombre: le gustaba pensar y su pensamiento era ágil, propenso a la ironía, y no creía que el amor fuese un fin” (Owen, 1979: 174 y 175). En el delirio de su convalecencia, Ernesto idealiza a Elena, al tiempo que sataniza a Rosa Amalia:

Ernesto la cree incapaz de piedad. ¿A qué viene, entonces, esa asidua presencia ante la cabecera del enfermo? O para espiarlos o para competir con Elena. Ésta sí, ésta sí merecía la mano de Ernesto en el fuego. Pero Rosa Amalia... Ha llegado a molestarle su insistencia melosa, que comprende él hipócrita. Discurre con demasiada lógica, es incapaz de emoción. Sería un amigo falso y adorable, al que en el fondo odiaría para no dejarse influir por él. Elena, a la recámara del enfermo, iba a interrogar y a coser; Rosa Amalia a responder suficiente y a leer cuando él, para librarse de su inteligencia, fingía quedarse dormido (Owen, 1979: 175).

Así, Ernesto es el cazador cazado, sus artes seductoras lo han dejado en la incómoda posición de ser cuidado por su amada, ahora su tía política, y la “peligrosa” hermana menor. El fracasado donjuán está indefenso. O casi, porque comienza a imaginar “cómo sería este amor de Elena y el tío Enrique” (Owen, 1979: 176) hasta llegar a discutir con y contradecir a su ángel: “No, Ángel Ernesto, esa muchacha era mía, el ladrón ha sido el tío Enrique, no me detengas, Ángel Ernesto, suéltame” (Owen, 1979: 180). Y así, en la incipiente oscuridad nocturna, roza el delgado talle “como de virgen. ¿Será que el tío Enrique no la ha...?”, y pide una cita a medianoche en el estudio. “Ella no responde, pero la mano en su mano, apretándose, dice muy claro que sí”. A la hora convenida, Rosa Amalia –no Elena– se presenta a la cita, para desencanto y confusión de Ernesto.

Nótese el paralelismo antitético con Jacob,<sup>16</sup> quien fue engañado por su tío, en tanto que Ernesto quiso engañar al suyo (Owen

<sup>16</sup> La vida del bíblico Jacob es un hipotexto importante en Owen.

invirtiendo los papeles). Asimismo, Jacob recibió –bajo ardides– a la hermana mayor, aunque estaba enamorado y había pedido en matrimonio a la menor. Ernesto se encuentra exactamente al revés: quien llega es la hermana menor, pese a que él deseaba a la mayor. Igual, pero a la inversa, con el sello inconfundible de Gilberto Owen.

Otro elemento antitético entre Jacob y Ernesto es el hecho de que éste no quiere casarse, sino tomar a la mujer de su tío, seducir a la doncella que le fue robada (ladrón que roba a ladrón...). De ahí que reaccione decepcionado y molesto cuando la mano femenina acepta la cita nocturna, pues la mujer por la que ponía la mano en el fuego ha cedido a la primera insinuación de faltar a su deber con el esposo. Así describe el narrador la reacción de Ernesto tras sentir la aceptación de la deseada mujer: “Se diría que siente un desencanto anticipado, se suelta de ella con violencia, con un beso afilado, y comprende que se le ha desgarrado algo muy sutil” (Owen, 1979: 181). Pero cabe otra posibilidad. Cuando la femenina mano responde que sí, a Ernesto “le extraña no sentir ninguna emoción”. Probablemente este Jacob percibió el cambio entre las hermanas, pero no supo reconocer la sensación ni fue capaz de obrar en consecuencia.

El resultado no puede ser otro: Ernesto “tendrá que aceptar las consecuencias. Su rueda de lixión será el matrimonio” (Owen, 1979: 185). Se considera sacrificado por el bien común y se encuentra orgulloso y consolado de ser, simultáneamente, “muy feliz y muy desdichado” (Owen, 1979: 185), feliz por su altruismo, desdichado por su condena.

Este desenlace habría sido efectivamente feliz de no ser porque Rosa Amalia sigue hablando. Distráido de sus cavilaciones, Ernesto la escucha, y entonces descubre que quien él imaginó Lilith es más Eva que Elena; que Rosa Amalia no acudió a la cita sino por el antiguo amor desmesurado que ahora confiesa: “[...] y te quería de siempre, Ernesto, y no me importaba que tú no lo supieras. Elena dice que lo de ella y tú eran cosas de niños, pero yo era más niña aun y sin embargo sentía deseos de matarla. Por eso ahora que te trajo el tío, que Elena ya no te amaba, [...] sentí que te



podía yo ganar [...]” (Owen, 1979: 185). La falsa oposición que Ernesto había imaginado, el contraste entre la agresiva Lilith, que en la fantasía del protagonista se entrega sin amor ni ataduras, y la fiel Eva, la mujer que con todo y sus errores es la compañera de vida, se ha venido abajo.

El pobre Ernesto no sólo se entera de que Rosa Amalia no es inmune al enamoramiento, sino que además comprende que para Elena la ilusión que él ha acariciado los últimos días es una infantil fantasía. El equilibrado escenario donde él era simultáneamente “muy feliz y muy desdichado” ya no existe, pues le han arrebatado la felicidad: “Es como si la balanza que se suponía un momento antes, en la diestra la felicidad y la desdicha en la otra mano, acabara de desnivelársele de pronto, quedándosele vacía la mano derecha. Qué dolor el idilio en el que uno solo es los dos amantes y el jardín y el pájaro” (Owen, 1979: 185). Como Jacob con Lea, Ernesto se conformará con Rosa Amalia, la sombra de Elena. A diferencia de Jacob, quien finalmente pudo recibir a su verdadera amada, Ernesto nunca tendrá a la suya: “Las mujeres, sobre todo, nunca se nos entregan, nunca nos dan más que una nube con su figura [...]” (Owen, 1979: 186).<sup>17</sup>

## Referencias

BAC (Biblioteca de Autores Cristianos) (1988), “Presentación”, en Nácar-Colunga.

<sup>17</sup> La reseña de *Novela como nube* aquí presentada deja fuera muchos elementos, como las alusiones y referencias a Shakespeare (básicamente *Hamlet* y *Otelo*), pero, sobre todo, el paralelismo entre Ernesto e Ixión. En la mitología griega, Ixión es el primero en matar a un miembro de la familia, pues entre sus asesinatos destaca el de su suegro. Paria de la sociedad griega, Zeus lo recibe en el Olimpo, favor que Ixión agradece tratando de seducir a Era. Zeus se da cuenta y se adelanta, formando una falsa Era a partir de una nube, y es a esa nube a la que seduce Ixión. En castigo, Zeus lo ata a una rueda (con picos en unas versiones, encendida, en otras) que girará eternamente.

- Beltrán Cabrera, Francisco Javier (1984), “Novela como nube”, en *Apóstrofe de lecturas*, Toluca, Centro Toluqueño de Escritores.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier (1996a), “... a la luz del Nevado de Toluca. Los años de Gilberto Owen en el ICL”, La Colmena, núm. 10, pp. 6-10.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier (1996b), “Gilberto Owen, datos para una biografía”, *Castálida*, núm. 7, pp. 72-76.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier (1998), *Poesía, tiempo y sacralidad: La poesía de Gilberto Owen*, Culiacán, Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional/Universidad Autónoma del Estado de México.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier y Cynthia Ramírez (coords.) (2005), *Gilberto Owen Estrada: cien años de poesía*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier y Cynthia Ramírez (2006), “Lope de Vega, Góngora y Gilberto Owen”, *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid, Recuperado de <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero34/lopeowen.html>>.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier y Cynthia Ramírez (2007), “La revista *Esfuerzo*: inicios periodísticos de Gilberto Owen”, *Ciencia Ergo Sum*, julio-octubre, año/vol. 14, núm. 2, pp. 223-232.
- Blanco, José Joaquín (1980), *La paja en el ojo, ensayos de crítica*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, Centro de Estudios Contemporáneos.
- Blanco, José Joaquín (2002), “Nocturno del amor culpable: la poesía de Gilberto Owen”, en *Nostalgia de Contemporáneos*, México, Conaculta, pp. 90-95.
- Bueno, Gustavo (2004), “Sobre la obligatoriedad de la asignatura ‘Religión’”, *El Catoblepas. Revista Crítica del Presente*, núm. 27, mayo, p. 2, consultado 010909, recuperado de <<http://www.nodulo.org/ec/2004/n027p02.htm>>.
- Campbell, Joseph (1949), *The Hero with a Thousand Faces*, Novato, California, New World Library, 3ª ed., 2008.

- Casanova, Eduardo (2005), "Arar en el mar", en *Obra dispersa*, consultado 110909, recuperado de <<http://www.eduardocasanova.com/html/od41.html>>.
- CIC (1997), *Catecismo de la Iglesia Católica*, Castelgandolfo, Vaticano.
- CHS (1808), "Compendio de la historia sagrada", en *Catecismo para el uso de todas las iglesias del imperio francés*, Madrid, Imprenta de Collado, 2ª ed., ejemplar de la Universidad Complutense, digitalizado por Google, consultado 080909, recuperado de <[http://books.google.com/books?id=6VWY00tnCSsC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=historia+sagrada+iglesia+cat%C3%B3lica&source=bl&ots=KZkNj5cry4&sig=TY8iBY9zTzar80BGWtqjHKr6Vxo&hl=en&ei=UbKmSvvXl8SktgfOvKmaCA&sa=X&oi=book\\_result&ct=result&resnum=10#v=onepage&q=&f=false](http://books.google.com/books?id=6VWY00tnCSsC&pg=PA1&lpg=PA1&dq=historia+sagrada+iglesia+cat%C3%B3lica&source=bl&ots=KZkNj5cry4&sig=TY8iBY9zTzar80BGWtqjHKr6Vxo&hl=en&ei=UbKmSvvXl8SktgfOvKmaCA&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=10#v=onepage&q=&f=false)>.
- CHS (2010), "Compendio de historia sagrada", México, Editorial Progreso, 4ª reimpression de la 31ª edición (2006). La 1ª edición es de 1939.
- Coogan, Michael (ed.) (2007), *The New Oxford Annotated Bible. New Revised Standard Version with the Apocrypha*, Nueva York, Oxford University Press, 3ª ed. Primera edición (sin los liminares), 1962. El cuerpo de esta Biblia está dividido en tres secciones, cada una paginada independientemente: "The Hebrew Bible" (HB), "The Apocryphal/Deuterocanonical Books" (AP) y "The New Testament" (NT). Los liminares tienen numeración en romanos y los apéndices continúan la del NT.
- DCVII (1962-1965), Documentos del Concilio Vaticano II, consultado 080708, recuperado de <[http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/index\\_sp.htm](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm)>.
- Escalante, Evodio (2005), "La experiencia poética de Gilberto Owen", *La Jornada Semanal*, domingo 4 de septiembre, núm. 548. Recuperado de <<http://www.jornada.unam.mx/2005/09/04/sem-evodio.html>>.
- Fortescue, Adrian (1907), "Liturgia", en Kevin Knight (1999), consultado 171108.

- Frye, Northrop (1981), *The Great Code. The Bible and Literature*, Nueva York, Harcourt, Harvest, 1983.
- García Payón, José (1934), *La Biblioteca Pública Central del Estado de México*, Toluca, Talleres Gráficos de la Escuela de Artes y Oficios.
- HS (1910), *Historia sagrada del antiguo y nuevo testamento* (edición ilustrada con profusión de grabados, aprobada por la autoridad eclesiástica), México, Editorial Saturnino Calleja, Biblioteca Perla, primera serie XIV.
- HS (1921), *Historia sagrada. Curso medio* (antiguo y nuevo testamento, historia de la iglesia, notas y lecturas apologéticas por los hermanos de las escuelas cristianas, con aprobación del ordinario), ilustraciones de Gustave Doré, Buenos Aires, Cabaut Editores, 8ª edición.
- Hutcheon, Linda (1985), *A Theory of Parody. The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*, Nueva York, Methuen. Reedición en Illinois, University of Illinois Press, 2000.
- King, James (1983), *The Holy Bible*, National Publishing Company.\*
- Knight, Kevin (1999), *Enciclopedia católica*, Nueva York, Robert Appleton Company, consultado 171108, recuperado de <<http://ec.aciprensa.com/s/sanursu.htm>>.
- Menéndez Pidal, Ramón (ed.) (1906), *Primera crónica general de España*, Madrid, Gredos, 2ª ed., 2 vols., 1955.

\* La primera edición (que puede consultarse en línea digitalizada) es de 1611. Se reeditó en 1629 y 1769, seguramente con modernización de la lengua, tema evadido por la mayoría de los textos que tratan la historia de esta Biblia. Debido a la costumbre de editarla sin fechas ni datos editoriales, no es posible saber cuál leyó Owen, pero cotejada con la Reina-Valera, en distintas ediciones, se aprecia una coincidencia notable, lo cual no es de extrañar, visto que en la filiación protestante es considerada no sólo texto sagrado, sino lectura fundamental, de ahí que se le trate con sumo cuidado al traducirla o actualizarla, procurando homologar la versión en las distintas lenguas.

- Montemayor, Carlos (1981), *Tres Contemporáneos (Jorge Cuesta, José Gorostiza, Gilberto Owen)*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Nácar, Eloíno y Alberto Colunga (trad.) (1944), *Sagrada Biblia*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 57ª ed., 2007.
- Owen, Gilberto (1928), "Poema en que se usa mucho la palabra amor", en *Contemporáneos*, vol. II, núm. 7, diciembre, pp. 323-324.
- Owen, Gilberto (1930), *Línea*, Buenos Aires, Proa (Cuadernos del Mar del Plata).
- Owen, Gilberto (1935), "Motivos de Lope de Vega", *El Tiempo*, segunda sección, Bogotá, 16 de marzo, p. 1.
- Owen, Gilberto (1948), *Perseo vencido. Poemas*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos (anexo a la revista San Marcos). Fotocopias del ejemplar de Alí Chumacero con correcciones manuscritas.
- Owen, Gilberto (1953), *Poesía y prosa*, edición de Josefina Procopio bajo el cuidado del autor, prólogo de Alí Chumacero, México, Imprenta Universitaria.
- Owen, Gilberto (1979), *Obras*, edición de Josefina Procopio, prólogo de Alí Chumacero, recopilación de textos de Josefina Procopio, Miguel Capistrán, Luis Mario Schneider e Inés Arredondo, México, FCE. Hay reimpresión de 1996.
- Owen, Gilberto (1982), *Cartas a Clementina Otero*, prefacio de Tomás Segovia, prólogo de Clementina Otero, México, INBA.
- Owen, Gilberto (1988), *Cartas a Clementina Otero*, prefacio de Tomás Segovia, prólogo de Clementina Otero, México, UAM (Colección Molinos de Viento, 56).
- Owen, Gilberto (2004a), *Me muero de sin usted. Cartas de amor a Clementina Otero*, edición y notas de Marinela Barrios y Vicente Quirarte, México, Siglo XXI.
- Owen, Gilberto (2004b), *Perseo vencido. Poemas*, México, Conaculta, INBA (Colección Facsimilares INBA), edición facsimilar de la de 1948.
- Pérez Gómez, Gonzalo (1979), *La Biblioteca Pública de Toluca*, México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

- Pérez Gómez, Gonzalo y Miguel Ángel Pérez Villalba (1992), *Historia de las bibliotecas en el Estado de México*, México, Conaculta, Dirección General de Bibliotecas.
- Perujo, Niceto Alonso y Juan Pérez Angulo (coords.) (1883-1890), *Diccionario de ciencias eclesiásticas*, X tomos, Valencia, Imprenta Domenech, consultado 160908, recuperado de <<http://www.filosofia.org/enc/dce/dce.htm>>.
- Quirarte, Vicente (1985), *Perderser para reencontrarse: bitácora de Contemporáneos*, México, UAM-Azcapotzalco.
- Quirarte, Vicente (1990), *El azogue y la granada: Gilberto Owen en su discurso amoroso*, México, UNAM.
- Quirarte, Vicente (2005), "El siglo de Gilberto Owen", *Literatura Mexicana*, vol. XVI, núm. 2, pp. 77-87.
- Rodríguez, Fernando (1994), "La poesía pura en México", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 529/30, Vanguardias Iberoamericanas, julio-agosto, pp. 83-89. Consultado en Cervantes Virtual, 200510, recuperado de <[http://www.cervantesvirtual.com/servelet/SirveObras/12593196461362634198846/210135\\_0023.pdf](http://www.cervantesvirtual.com/servelet/SirveObras/12593196461362634198846/210135_0023.pdf)>.
- Rosado, Manuel (1891), *Historia sagrada. Compendio intuitivo*, Madrid, Librería Editorial, 2ª ed., 1ª ed. 1875. Se revisó la edición facsimilar, consultada 010909, recuperado de <[http://www.uned.es/manesvirtual/BibliotecaManes/Religion/Rel1875\\_02/HisRos/HisRosAA.html](http://www.uned.es/manesvirtual/BibliotecaManes/Religion/Rel1875_02/HisRos/HisRosAA.html)>.
- Said, Edward W. (1983), "Sobre la originalidad", en *El mundo, el texto y el crítico*, traducción al español 2004, Barcelona, Debate, pp. 175-192.
- Segovia, Tomás (1970), "Nuestro Contemporáneo Gilberto Owen", en *Actitudes*, México, Universidad de Guanajuato, pp. 155-188.
- Segovia, Tomás (1980), "Owen, el símbolo y el mito", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, núm. 29, 2, pp. 556-573.
- Segovia, Tomás (2001), *Cuatro ensayos sobre Gilberto Owen*, México, FCE.
- Sociedades Bíblicas en América Latina (1909), *Santa biblia*, Miami, Editorial Vida, (antigua versión de Casiodoro de Reina [1569])



- revisada por Cipriano de Valera [1602] y posteriormente cotejada con diversas traducciones de los textos hebreo y griego).
- Solalinde, Antonio G. (1930), *General estoria*, tomo 1, Madrid, Espasa-Calpe, 7ª ed. 1980.
- Toro, María Isabel (2008), *La Biblia en la literatura española. I. Edad Media. 1/2. El texto: fuente y autoridad*, Madrid, Trotta.
- Venegas, Aurelio (1908), *Catálogo de la Biblioteca Pública Central. Ciencias Eclesiásticas*, Toluca, Oficina Tipográfica del Gobierno en la Escuela de Artes y Oficios para Varones.
- Whittingham, Georgina (2005a), "El Verbo en nupcias borrosas con la forma de *Línea*", en Beltrán y Ramírez (coords.), pp. 119-134.
- Whittingham, Georgina (2005b), *Gilberto Owen y la crisis del lenguaje poético*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.



## Ramón Espinosa Contreras

Licenciado en Filosofía por la Facultad de Humanidades de la UAEM, Maestro en Ciencias Sociales por la UAGRO y Doctor en Ciencias Sociales y Políticas por la Universidad Iberoamericana. Diplomado en Filosofía Política por el Centro de Estudios Sociales Antonio Gramsci. Diplomado en Educación Holista por la Fundación Internacional de Educación Holista. Profesor-Investigador de la Universidad Autónoma de Guerrero en la Unidad Académica de Filosofía y Letras. Ex director de la Facultad de Filosofía y Letras de la UAGRO. Es coordinador y coautor de diversos textos y autor de los libros *La violencia en la modernidad*, *Hacia una alternativa de paz* y *La teoría marxista de las clases sociales*. *Modernidad y cultura política en México 2000-2012*. *Entre la violencia, la globalización y la democracia*. Miembro Co-coordinador de la Red Nacional de Cuerpos Académicos de las Facultades de Filosofía de las universidades de Sinaloa, Colima, Zacatecas, Tlaxcala y Guerrero. Asimismo, es miembro del Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía, del Observatorio Filosófico y de la Asociación Filosófica de México.

La filosofía siempre ha sido producto de una indagación constante sobre los fenómenos y los problemas sociales y naturales que sacuden al mundo, además de un deseo de investigarlos para elaborar el conocimiento que se plasmará en los textos de las ciencias humanas y sociales, entre ellas la literatura. De ahí la articulación de la filosofía y la literatura, pues la primera le da la fundamentación filosófica a la segunda; en ese sentido toda obra literaria tiene un contenido filosófico: epistemológico, ontológico, ético y estético. Estas cuatro dimensiones filosóficas están presentes en la literatura en sus distintos géneros, de allí su importancia y su conexión recíproca con la filosofía.

Esta obra es producto del esfuerzo de algunos profesores-investigadores de la Facultad de Humanidades de la UAEM y de la Unidad Académica de Filosofía y Letras de la UAGRO. Su objetivo es dar a conocer la importancia de abrir las ciencias humanas y sociales, con la finalidad de articularlas y tener así un conocimiento holístico de la realidad social.

ISBN: 978-607-9426-17-0



9 786079 426170



EDICIONES  
EON



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE GUERRERO